

PATAGONIA



Leandro Vesco

PA TA GO NIA

 **Editorial El Ateneo**

Patagonia
© Leandro Vesco, 2025

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas
© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200
editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar
Dirección editorial: Marcela Luza
Gerencia editorial: Marina von der Pahlen
Edición: Camila D'Angelo
Producción: Pablo Gauna
Coordinación de diseño: Marianela Acuña
Ilustración de tapa: Jose Jolly
Armado de interior: Claudia Solari

ISBN 978-950-02-1688-3
1ª edición: noviembre de 2025

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2025.
Tirada: 3.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Vesco, Leandro
Patagonia / Leandro Vesco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2025.
272 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1688-3

1. Turismo. 2. Argentina. 3. Patagonia. I. Título.
CDD 910.4.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



“Menos mal que te advertí del viejo refrán aquel
que hace tiempo leí: del dicho al hecho.
El jovencito que yo fui, lo vencí y se marchó, y no duele”.

“Menos mal”,
Boom Boom Kid, fanzine Achalay mis sueños!

ÍNDICE

- 
- 11 • Prólogo
 - 13 • Introducción
 - 15 • El Cóndor
 - 23 • Tren Patagónico
 - 33 • Dina Huapi
 - 39 • Copahue
 - 47 • Norte neuquino
 - 55 • El pueblo de los Fernández
 - 63 • El laberinto de El Hoyo
 - 71 • El plesiosaurio
 - 81 • Cholila
 - 89 • Lago Vintter
 - 97 • Lago La Plata
 - 105 • Los Tamariscos
 - 115 • Península Valdés
 - 125 • Puerto Lobos

133 • El Pedral

141 • Cabo Raso

151 • Camarones

167 • Faro Isla Leones

175 • Bahía Bustamante

187 • Río Gallegos

199 • Estrecho de Magallanes

209 • Río Grande

219 • Tolhuin

229 • Ushuaia

239 • Puerto Almanza

247 • Ventus Australis

255 • Cabo de Hornos

263 • Epílogo

265 • Marcas mencionadas

PRÓLOGO

Los ojos y las palabras de Leandro Vesco, familiarmente posados sobre la Patagonia, nos hacen sentir que ella forma parte de una generosa cotidianeidad que nos habita y que hace abordarla más fácilmente de lo que pensamos.

Extensa y magnífica, en este libro comenzaremos a reconocerla como nuestra, y ese sentimiento no es sencillo de lograr, a través de las profundas emociones y experiencias que Leandro nos brinda al compartir sus relatos arraigados en la unión de todos sus viajes regionales.

Estas tierras fueron hermosamente indígenas: entre guanacos y centollas, calafates y llaos llaos; entre canoas de lenga y curantos ancestrales. Sí, esos vestigios que aún hoy acarrearán las lágrimas de una civilización casi extinta, con indicios de que aquellas tribus y culturas ya estaban aquí hace once mil años.

Al recorrerla, la Patagonia es, a veces, una meseta árida. Otras, la selva valdiviana, con registros de lluvias similares a los de la selva amazónica,

donde crecen lengas, coihues, alerces y los achaparrados ñires de altura. Una flora delicada: diferentes plantas, hongos y musgos que dejan embelesados tanto a los visitantes como a quienes la habitamos.

Hay una línea extensa de acantilados atlánticos. Allí, el viento crea tempestades despechadas; solo las liebres y maras se enroscan en sus echaderos de arbustos y pajonales, a la espera del diente feroz del zorro o puma, o, ya tarde, al pico del chimango carroñero. La gallina caminante y negra, el amigable huet-huet, que siempre está con su pareja; el lacustre huala, que lleva en su espalda a sus pichones para enseñarles a pescar; la abutarda, de elegante vuelo y andar; el presagioso cóndor, y el regordete kaikén, que siempre nos alegra con sus vuelos rasantes mañaneros.

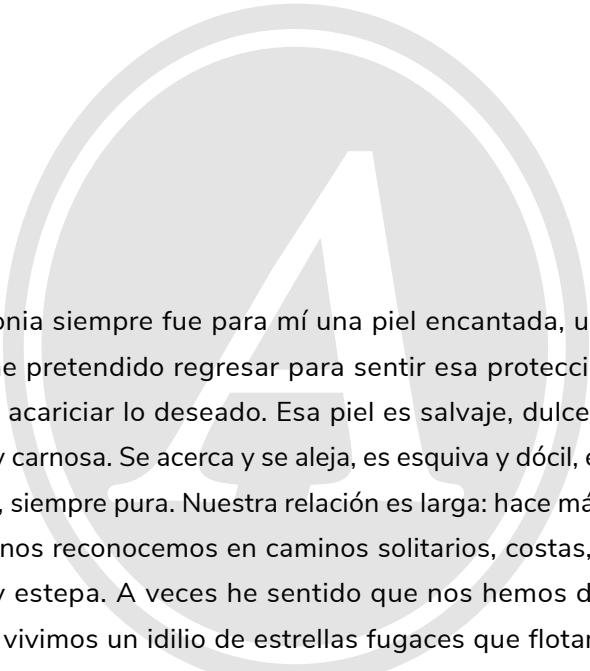
Intrépidos navegantes conocieron, en su temeroso hacer, la zozobra del estrecho y la gélida lanza o hacha mapuche, en lo que es, aún hoy, la indomable Patagonia: la tierra del respeto. Porque ella no perdona el descuido en lagos, ríos ni cordilleras. Ella, con sus cambios climáticos a veces feroces, debe ser siempre observada con obediencia.

Seguramente Darwin se encontró, en algún amanecer, con un presagioso búho blanco, ese que tantas veces alborotó mi alma en andares de nieves, mochilas y esquíes de fondo. Siempre, siempre vistos en el amaine de las tormentas de nieve que, con la calma de los primeros rayos de sol, nos regalan sorpresivos encuentros.

Y así, entre tantos encuentros propuestos por Leandro, con profundas y detalladas descripciones, solo falta abrazar este libro para comenzar a elegir uno de los tantos destinos descriptos, y disfrutar de una tierra ancestral que esconde belleza y un silencio que nos llena de admiración.

Francis Mallmann

INTRODUCCIÓN

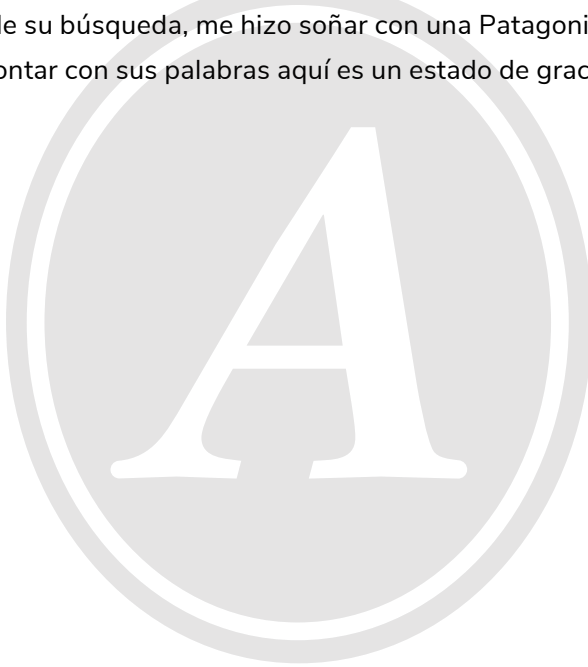


La Patagonia siempre fue para mí una piel encantada, una a la que siempre he pretendido regresar para sentir esa protección que nos sonroja al acariciar lo deseado. Esa piel es salvaje, dulce, salada, es arrugada y carnosa. Se acerca y se aleja, es esquivia y dócil, es pecadora y honrada, siempre pura. Nuestra relación es larga: hace más de treinta años que nos reconocemos en caminos solitarios, costas, montañas, mallines y estepa. A veces he sentido que nos hemos distanciado, otras que vivimos un idilio de estrellas fugaces que flotan en el aire. Nunca nos separamos y jamás hemos sido indiferentes el uno con el otro. Nos hablamos en sueños y nos presentimos en los mapas. Este libro es la historia de un amor entre un viajero y una tierra indomable.

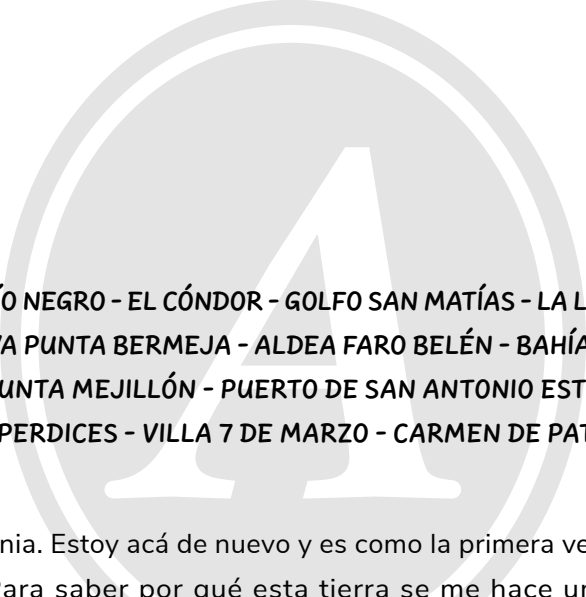
Este viaje tiene una misión: encontrar el corazón de la Patagonia. El origen de ese latido y de esa piel. Desde el norte neuquino hasta los umbrales misteriosos y caóticos del Cabo de Hornos, esa isla final donde termina nuestro continente entre vientos huracanados,

naufragios y tinieblas amenazantes. Mi búsqueda cruza todas las provincias patagónicas, cuyos territorios alguna vez fueron llamados "La tierra incógnita". Costa, cordillera y estepa: este viaje incluye aventuras en todos estos lugares.

Muchos de estos caminos fueron inspirados por quien prologa este libro. Francis Mallmann fue quien señaló esta región al mundo con sus viajes iniciáticos fijando una bitácora hacia sus aromas más puros. En la intimidad de su búsqueda, me hizo soñar con una Patagonia fabular y sabrosa. Contar con sus palabras aquí es un estado de gracia literario.



EL CÓNDOR



**FARO RÍO NEGRO - EL CÓNDOR - GOLFO SAN MATÍAS - LA LOBERÍA -
RESERVA PUNTA BERMEJA - ALDEA FARO BELÉN - BAHÍA CREEK -
PUNTA MEJILLÓN - PUERTO DE SAN ANTONIO ESTE -
PUNTA PERDICES - VILLA 7 DE MARZO - CARMEN DE PATAGONES**

La Patagonia. Estoy acá de nuevo y es como la primera vez. ¿Por qué vuelvo? Para saber por qué esta tierra se me hace una piel a la que siempre quiero volver a rozar, sentir y oler. Tengo un auto, no tengo fecha de regreso a mi casa y durante el tiempo que dure este viaje estaré solo. Tengo 51 años y la primera vez que vine lo hice a dedo, así que tengo en mis planes levantar a quien vea, así como me ayudaron a mí, debo corresponder. *Tirá buena que vuelve*, es una ley entre los viajeros. Me propuse regresar a lugares donde he sido feliz, a rastrear huellas de recuerdos, o darles una nueva forma para que se preserven en mi memoria. También seguir señales hacia nuevos

destinos. El camino nos habla, esos destellos, ruiditos o palabras, también aves o el viento vivo, esos misteriosos remolinos que se ven en la estepa. La Patagonia se comunica a través de señales. Así como sus habitantes, que son de pocas palabras, las historias acá eligen perturbar lo menos posible al silencio, entonces algunas rocas se mueven, o un zorro cruza por el camino, un piche que se asoma o un choique que nos sigue (como llaman en la Patagonia a los ñandúes). También están los orbes, esas luces inexplicables que se ven en la costa y en la estepa. ¿Qué vienen a decir? ¿Por qué salen de otro mundo para llegar a este? ¿Por qué, entonces, vuelvo? Por amor, o para volver a sentir la piel patagónica. Se extraña más una piel que a una persona.

Estoy parado frente al **FARO RÍO NEGRO**, a un costado de la Ruta 1, en **EL CÓNDOR**. Estacioné al lado de un cartel que avisa que las Islas Malvinas están a 1242 kilómetros, siempre se sienten muy cerca, en el corazón esa distancia es menor. Compré manzanas y duraznos, perlas del valle, y en un almacén del pueblo me tenté con una baguette, jamón crudo y queso: los últimos placeres de ciudad antes de abandonar el mundo de los pequeños gustos urbanos, que intentan retenernos, que nos guían los ojos con chocolates, gaseosas y latas de cerveza frías, maní y gomitas. Más adelante el mar me dará alimentos, generoso y amable. Nuestra pampa líquida.

Durante tres días recorro ese camino de ripio que bordea el **GOLFO SAN MATÍAS**, el azul del agua es profundo, a veces celeste, o sencillamente irreal como un deseo inalcanzable. Hay música en esta costa, y una precaria red de hombres que han elegido vivir acá. En **LA LOBERÍA** dicen que se puede ver el cielo más diáfano, un camping da refugio, también el restaurante Lo de Beto, aquí pruebo rabas. Me senté en una mesa frente a un gran ventanal, todas las mesas tienen

la misma visión. Uno preferiría no tener que dejar nunca un lugar así. ¿Es posible tanta belleza, es posible que los ojos puedan asimilarla y continuar con vida? Las rabas son del día, de hace unas horas atrás. Todo en el golfo es fresco. El aire, las miradas de las personas, las conversaciones, los saludos y los gestos de complicidad. Sobre todo esto. “No salgas que mañana habrá mucho viento, como 60 nudos”, me dicen en el camping. El polvo de la estepa y la arena corporiza a un gigante con ráfagas de viento que no permiten salir del auto, de una carpa o de una casa. No es fácil vivir acá, todos cuentan lo mismo, también esto es parte del encanto de por qué se quedan los que lo hacen. La Patagonia te acepta o te echa, es a todo o nada la apuesta. La suma de todos los vientos resuelve la cuestión.

Escucho una conversación en Lo de Beto. Alguien habla de que esta costa, además de tener una colonia de loros barranqueros y una lobería en la RESERVA PUNTA BERMEJA, tiene algo que la hace especial: es un portal a otra dimensión, y dice tener pruebas: las aves evitan un punto en el cielo. “Ese es el portal”, dice Edgardo Intrieri. Fue guardafauna. En sus largas estadías en la costa comenzó a ver cosas que le llamaron la atención, humores del mar, formas, resplandores, cosas. En la soledad, su mirada se enfrentó con seres que salían del mar, merodeaban la costa, seres humanoides, todos blancos. Un día los esperó y se vieron cara a cara. Edgardo dice que vienen de otros mundos y que desde este portal en La Lobería se comunican civilizaciones, la mayoría tiene buenas intenciones, pero algunas son malas. Esto cuenta y esto cree. En los días en los que estuve en la costa se repiten las historias de luces y “cosas” que salen del mar.

—Hay que elegir lugares solitarios, para entender que somos pequeños ante el universo —dice Facundo Albacete, astrónomo y

también escritor, está sentado en Lo de Beto, nació en Viedma, pero camina por La Lobería desde pequeño. Lo de Beto junta a todo el mundo, vende libros, también. Vende de todo, pero su menú es una caricia, un bofetón de felicidad. Albacete me dice que acá no hay ninguna contaminación lumínica. Son apenas 9 habitantes y, por la noche, la oscuridad es perfecta. Camino al mar con él, cuando baja la marea se forman grandes piletones naturales. Es verdad, el lugar tiene encanto. Es de noche. Las estrellas explotan, como cuando tenemos ganas de toser en un teatro y debemos contenernos. Así explotan las estrellas. Me voy a dormir, el viento me hace subir rápido las escaleras hasta el hostel La Lobería, dejo al mar atrás, pero siento que alguien me mira.

—¿Vamos a poder soñar con todo este viento? —me pregunta Lucie. Es francesa, de Cordes-sur-Ciel, un pueblito de 1000 habitantes en la región de los Pirineos. Cuando era niña leyó libros de la Patagonia. Viaja sola desde hace 7 meses. Le digo que me cuente algo sobre su pueblo—. La leyenda dice que lo crearon las estrellas. —A La Lobería nadie llega por azar.

— — —

Al comienzo del día no hay viento, pero sí frío. Es verano, y una de las razones de mi amor por la Patagonia es que siempre hace frío a la noche y cuando se despierta el sol. Es fácil ser feliz en estas condiciones. Desayuno un tomate, con aceite de oliva y pimienta. Lo hago desde pequeño. En Lo de Beto ni siquiera se sorprendieron. Sigo viaje, la ruta tiene tramos de ripio y de arena. Los médanos avanzan, en silencio. Un choique me sigue al costado del camino, le abro la ventanilla del

auto y nos miramos. Por varios kilómetros esa es mi compañía. En momentos así, el ser humano establece una profunda conexión con un nervio emocional que se une al núcleo terrestre y nos arrastra a los primeros tiempos, cuando la vida y los elementos naturales se fundían en un lenguaje único. Despido al choique en la entrada de un caserío en lo alto del acantilado. Es la **ALDEA FARO BELÉN**, una idea que solo en la Patagonia es posible: crear un pequeño pueblo-estado, un barrio que aspe los cimientos de este mundo. Daniel Oks tuvo la visión, lotear una franja de 10 kilómetros de frente costero, y construir casas que desafían al viento y al humor de la estepa salvaje. Allí no hay nada más que silencio y soledad, su visión absoluta frente al golfo San Matías. El agua, como en todos los pueblitos de la costa, es traída desde El Cóndor o Viedma. La energía es producida por paneles solares. Este desarraigo voluntario tiene un propósito. “Es un concepto muy humano de urbanización: la naturaleza y el mar son los protagonistas”, me dice Daniel. Ya había estado acá hacía unos años y volví a saludarlo. Llené mi termo con agua fresca, y antes de despedirme miré desde la ruta esas casitas en lo alto del acantilado. Es la única presencia humana en este planeta donde los choiques se acercan a hablarte.

BAHÍA CREEK es el próximo pueblo. En verano es una meca, en invierno quedan menos de 20 personas, es pequeño, mínimo, se recorre en dos minutos en segunda, pero una vez que entrás no sabés si alguna vez saldrás. Sobre todo, es una joya y uno de los lugares más deseados por los viajeros. Conozco dos almacenes, ambos tienen de todo, es decir: bebidas frías, queso, pan, almendras y caramelos; con eso cualquier ser humano puede vivir eones. Se sienten los 130 kilómetros que la separan de Viedma. Me detengo en el complejo espacial que

creó Juan Cruz Torno, los domos de PLUS (Patagonia Única Libre y Sustentable). Son los únicos del país que están frente a la línea de la costa, tienen soberanía energética, y una torre es el punto de encuentro: aquí están el bar y el restaurante que controla Nazareno Benavidez, el menú es a base de plantas, semillas y hongos.

—Es un refugio al borde del mapa de donde nadie se va sin una pregunta nueva —me dice.

Duermo, por fin. A veces hay que hacerlo, el mar abraza, lo podés ver, está ahí. Mejor es sentir su música. Mientras sé que tengo el mar cerca me duermo mejor, esa piel patagónica es suave acá.

—Este golfo late cada vez más fuerte, este mar te cambia y te sana —dice Torno mientras desayunamos.

Sigo viaje, paso a saludar a Sergio Méndez en PUNTA MEJILLÓN, el “Negro”, el ermitaño que se aisló del mundo y formó un reino, uno propio. Es el único habitante. Tiene un hospedaje, Los Alpatacos. Es un gaucho de mar. Más allá, en el PUERTO DE SAN ANTONIO ESTE y el parador Caribe Patagónico, me espera Nayra, su sonrisa es un segundo sol, en su caso, uno terrestre. Hace bien verla. Está con su madre, que hace las mejores empanadas de salmón. Podría comer mil, elijo solo tres, probablemente cuatro. Chorrean, animan, es como si te estuvieras comiendo el mar. Todo el mar en mi boca, en tu boca. El auto va solo a PUNTA PERDICES, la playa que la Venus de Botticelli hubiera elegido. El agua cálida, los pececitos que se ven entre las piernas, la felicidad de todos. Miro y me miran, nos miramos: sabemos que estamos en

una alucinación. Antes de abandonar este estado de gracia paso a comer unas vieiras en la marisquería El Puerto.

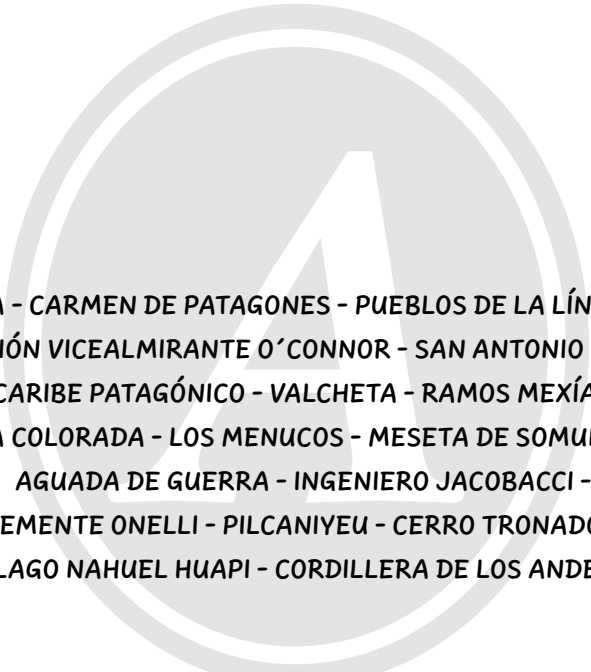
Quiero tomar el Tren Patagónico. Correr los velos de la estepa, vuelvo a Viedma, porque me hablaron de una historia que me interesa, en la última playa bonaerense. Antes de cruzar, cargo nafta en la estación de servicio del ACA, a los pies del puente viejo. La VILLA 7 DE MARZO es un pueblo en formación, a media hora al oeste de CARMEN DE PATAGONES. La Patagonia más gaucha. La luna llena amanece como una moneda colorada, radiante. ¿Por qué siempre tengo la sensación de estar en otro mundo en momentos así? La noche no es tal, este sol ceniciento baña de intimidad la pampa esteparia. Como si fuera una constelación, así se me presenta Villa 7 de Marzo. Aquí freno en Puerto Baliza, un comedor marino que el viento aceptó.

—Yo no sé si lo que estoy haciendo es un sueño —cuenta Fernando Giallorenzo. Una historia simple la de él, como todas las que son importantes y cambian al mundo. Nació en Chivilcoy y en 1995 se le animó a la Patagonia, en Neuquén, pero siempre le gustó pescar y le hablaron de La Baliza (como llaman los locales a este pueblo). En el 2015 sintió el flechazo y decidió hacer una casa. Trabajó de todo y con todos, y en 2020 abrió Puerto Baliza, y no se complicó—. El menú es lo que pesco ese día —dice. Camina hasta la costa, encarna y espera. El estuario del Río Negro es generoso, más con los soñadores. Cuando ve que es suficiente, vuelve y cocina: empanadas, sorrentinos, milanesas, pizzas, picadas: todo con pescado y frutos de mar—. Son papas fritas marinas —dice cuando baja una cazuela con un producto que impacta como si lo fueran, pero son bastones de lenguado, cazón, lo que salga ese día, marinados y fritos. Papas fritas marinas.

En La Baliza son menos de 10 habitantes durante todo el año. De septiembre a fines de abril se queda Fernando, lo acompaña su mujer, Ana. De noche, el deck recibe la brisa marítima, limpia y sedante. Las estrellas bajan hasta la mesa para sumarse al festín. Se come muy bien. “Quise hacer algo sencillo, a los pescadores nos gusta comer pescado y tomar algo frío”, dice. También a los escritores y viajeros. Su sueño se puede masticar y está delicioso.



TREN PATAGÓNICO



**VIEDMA - CARMEN DE PATAGONES - PUEBLOS DE LA LÍNEA SUR -
ESTACIÓN VICEALMIRANTE O'CONNOR - SAN ANTONIO OESTE -
CARIBE PATAGÓNICO - VALCHETA - RAMOS MEXÍA -
SIERRA COLORADA - LOS MENUCOS - MESETA DE SOMUNCURÁ -
AGUADA DE GUERRA - INGENIERO JACOBACCI -
CLEMENTE ONELLI - PILCANIYEU - CERRO TRONADOR -
LAGO NAHUEL HUAPI - CORDILLERA DE LOS ANDES**

Son 827 kilómetros de vías, el viaje puede durar hasta 20 horas, incluso más, el Tren Patagónico es la imagen de Argentina: todos se suben a un sueño sin saber si llega a destino. “Se supone que llegamos a esa hora, pero en la estepa todo puede pasar”, me dice la mujer que me vende un boleto. La estación de tren de VIEDMA tiene el estacionamiento completo. Nadie pierde el tiempo, un abuelo ayuda a su nieta, la hija al padre y la madre le alcanza un tupper con sándwiches de milanesas a

su hijo. “No te puse mayonesa por el calor”, el joven la mira, aturdido. Taxis, remises, bicicletas, los autos que se suben al tren, incluyendo el mío. El desorden tiene un guion y todos lo seguimos. Sabemos que estamos a punto de comenzar una aventura única, irrepetible, deseada, que vamos a recordar el resto de nuestras vidas, aunque hagamos el viaje diez veces. “¿Cuánto tiempo paramos en cada estación?”, le pregunta una turista alemana a un gaucho, el hombre lanza una mirada al horizonte, es una respuesta correcta, va a suceder lo que la estepa quiera, a ella le cuesta entender que nadie sepa nada, y que todos estemos felices.

La bocina del tren avisa que la partida es inminente. Los empleados hacen un trabajo ordenado y dedicado. Subo a mi camarote y desearía que toda mi vida transcurriera en esta pequeña habitación metálica con cama cucheta, un escritorio, lugar para guardar mi maleta y una mesa que se transforma en pileta para lavarme las manos o la cara. Por la ventana veo la mejor película, no puede haber otra mejor: las despedidas, y cada mirada es una historia. La salida de Viedma es puntual. Me siento en la cama, que será también mi asiento durante el tiempo que dure este viaje. Veo una botella de agua mineral y un jabón, la cortesía elemental, un buen modal. Prefiero no salir al pasillo, siento sonidos de maletas que se caen y se acomodan, niños, alguien que llama a alguien para decirle que está en el Tren Patagónico y que está saliendo, pasos en el pasillo. En el andén alguien muestra una hoja escrita que dice: “No te olvides de darle el paquete a la tía”. Cierro los ojos y siento que así debería ser el momento previo a la salida de una nave que fuera a la luna o algún planeta lejano.

El motor tose varias veces, una tos de un hombre adulto y fumador. Alguien que no hace nada por disimular su edad y nos arrastra

lentamente hacia la aventura. Viedma es la ciudad capital de la provincia de Río Negro, está lejos de la cordillera, y de las postales de montaña y lagos. Es una tierra de chacras, a orillas del río. Enfrente tiene a una de las ciudades más bellas del país, **CARMEN DE PATAGONES**, empedrada y pieza histórica en movimiento. Viedma heredó el valle inferior y la entrada a la estepa. A medida que la dejamos, se ven las últimas casas. Son siempre iguales, rezagadas, hechas a todo trapo, a lo que te criaste para ver qué pasa. Sin embargo, en la Patagonia se usa mucho la madera, y la nieve, el sol y las heladas la patinan y la dejan del mismo tono que los coirones y el pastizal dorado. Una zorra y tres zorreznos miran atemorizados al inmenso gusano de metal. El sol cae. El pasillo queda en silencio. El hierro se enfría, entramos en la estepa.

El viaje es un disfraz para encontrar lo que estás buscando dentro tuyo. La duración depende del estado de las vías y el clima. Si hace mucho calor, los motores se calientan y la velocidad debe bajar. Lo único que cuenta es subirse y vivir la experiencia de penetrar por pronunciados cañadones, salitrales, bajos y sentir el latido de la Patagonia. Su formación original sale con dos coches pulman que pueden transportar hasta 52 pasajeros, uno de clase turista con una capacidad de 110, un coche comedor que puede servir hasta 40 platos en dos turnos, dos coches dormitorios con 24 camas cada uno, un furgón encomienda, un coche cine donde se proyectan películas argentinas y de temática patagónica, un vagón con bandeja automovilera y la locomotora. La formación completa puede transportar hasta 350 pasajeros.

La dinámica del viaje es simple: observar por la ventanilla el paisaje y recorrer los diferentes vagones, así se van formando grupos de amigos, los del pulman deben pasar por la clase turista para llegar al

coche comedor, los únicos que tienen privacidad son los que están en los camarotes. En cada extremo hay un baño, los vagones se unen por un pequeño pasillo fuelle, el crujir metálico y el constante vaivén provocan un andar errático. Cada vagón está a cargo de un operario, que está al servicio de los pasajeros y que se encarga de la limpieza. Animoso, este pueblo en movimiento es una muestra de la humanidad. Los hombres nacimos para estar unos con otros, nos gusta ir hacia lo desconocido y estar en marcha.

La importancia social del tren es capital. La ruta 23 marcha paralela a las vías, pero desde que comenzó la democracia está en construcción, la política comió varias veces el asfalto y en diferentes tramos es de ripio. En esos tramos se vuelve peligrosa.

—Aunque haya un metro de nieve, el tren es lo único que puede pasar —dice uno de los empleados, orgulloso. En una realidad en la que nada parece tener certidumbre, que exista algo que sí provoca tranquilidad es muy importante. Las familias hablan de qué harán cuando lleguen a destino, otras van acomodando bolsas y tupperes con comida.

El tren conecta los **PUEBLOS DE LA LÍNEA SUR**. Con rango de estado, este país imaginario se nombra como la Atlántida. Son aquellas poblaciones y parajes que cruza el tren. La Línea Sur, así a secas, no importa si alguien vive en Valcheta o Clemente Onelli. Se vive en la Línea Sur. El Tren Patagónico es su columna vertebral. La Línea Sur es la Alaska argentina.

—A veces nos traen regalos, huevos, algún salame. Milanesas de guanaco —dice un operario, se llama Eduardo Mansilla. Los pasajeros que usan por años el tren conforman una familia. La soledad en la que se vive en esta nación de corazones enrabiados de desierto se expresa con delicados sentimientos de profunda humanidad.

- - -

El tren se detiene unos minutos en el medio de la nada. Es la **ESTACIÓN VICEALMIRANTE O'CONNOR**, una escuela rural cerrada es usada como vivienda por la cuadrilla de mantenimiento de las vías. La estación está en ruinas, aunque al lado hay una casa.

—Es un viejo ferroviario que quiso vivir cerca de las vías —cuenta Eduardo Mansilla. Es el único habitante—. Te imaginás lo que debe ser morir acá —reflexiona. El paisaje durante cientos de kilómetros será el mismo: estepa, desolación y polvo. No se ven ojos de agua, ni arroyos, ni mucho menos ríos, el agua desaparece de los atributos de la región.

En el furgón de encomiendas los lugareños trasladan a bajo costo bultos que en micros tendrían un gran valor. A los pocos kilómetros de Viedma la señal telefónica y de datos desaparece para volver en forma muy esporádica en algunos tramos y por escasos minutos. La incomunicación es total, lo que abona más la idea de estar dentro de un tren que no solo desplaza soledad, sino que retrocede a los años en los que bastaba con saber que en algún momento se iba a llegar a destino.

Salgo al pasillo. Las cosas están en calma. El coche camarote tiene por un lado las puertas y, por el otro, ventanas, el sol ya es un resplandor vencido, la formación ilumina la estepa, es la única luz que la exhibe y descubre, en algunas curvas la veo completa y con ella la estela luminosa que roza el pastizal. Más allá, la oscuridad. No existe ninguna casa, una señal, un punto que valide que estemos en un mundo habitado por humanos. Voy al coche comedor y la actividad aquí ilusiona, siento aroma a estofado. Un mozo ordena las mesas

para la cena. En la pequeña cocina se ven ollas humeando. Si la vida se quedara detenida en un instante así, con este aroma y en este vagón, podría firmar mi felicidad. Dos mujeres hablan con otra, están confirmando que cenan en el primer turno. También lo hago. Son amigas de Rosario, y hace varios años que querían hacer la aventura. “Mirá, un pueblo”, señala hacia la ventanilla.

El tren siempre se mueve, nunca en forma brusca, pero sí constante. En el coche comedor la dinámica es parecida a la de un barco en un mar con oleaje suave. Las primeras luces que se ven son las de SAN ANTONIO OESTE, reconozco el puerto del este. Aunque no se vean, allí están las playas y la costa dorada del CARIBE PATAGÓNICO. Todo eso duerme ahora. De a poco las luces ganan y la estación se acerca. El tren para y todo se revoluciona. Bajan y suben pasajeros. Los que fuman aprovechan. Algunos vendedores ofrecen sándwiches, galletitas y latas de cerveza. Bajo al andén y observo el movimiento, el tren es el mejor medio de transporte, hace humano un viaje desproporcionado. “Llegamos a San Antonio, falta mucho todavía, dormite, no me esperes”, un hombre habla con alguien por teléfono. Veinticinco minutos después, todos suben y lentamente la formación se despide. Volvemos a la oscuridad total, para esta altura, todos buscamos regresar a la comunidad de la estepa.

La cena es el momento más esperado. Estoy solo, así que me sumo a una mesa de cuatro. Ravioles con estofado, vino rionegrino, flan con dulce de leche. Sencillo y maternal, aunque me oiga hablar solo me concentro en la belleza del instante: estar sentado frente a un plato de comida cruzando la noche esteparia en un tren. Cada una de las mesas es un mundo, sabemos que estamos siendo felices y eso siempre vuelve vagas las miradas, que se cruzan y juegan. La

cocina está abierta toda la noche. Hay función de cine después de la cena. Aquellos que están en coche camarote se preparan para un lujo extra: dormir acunados por el movimiento, dejando que la mirada se pierda en la inmensidad iluminada solo por las estrellas y los sueños.

Las estaciones se suceden, en silencio, y el mapa de la provincia se presenta en la intimidad nocturna. Cierro los ojos y siento el movimiento, de alguna manera es como si la noche estuviera susurrándome al oído una canción. El silencio humano despeja el aire. No puedo contenerme y abro los ojos, los dejo ir por el desierto. Las estrellas iluminan el camarote y mi cobija. La temperatura baja, en algún momento me duermo. Sueño que estoy en un tren. Despierto al rato, el sueño es real. La confusión es encantadora.

Son 12 estaciones. En VALCHETA prefiero quedarme acostado y escuchar algunos diálogos y despedidas, también reencuentros. En RAMOS MEXÍA hay una foto en el andén de la vez que en 1950 pararon Perón y Evita. La noche avanza, una lengua de claridad se insinúa en SIERRA COLORADA. Aquí, dicen, la propia sierra tiene una energía especial y muchos vienen a hacer retiros.

Amanece en LOS MENUCOS, aún nadie se anima a salir. “Visite la MESETA DE SOMUNCURÁ”, leo en un cartel. Legendaria y mítica, sobre ella se han tejido leyendas. Que los templarios vinieron a dejar el santo grial, que existen cuevas donde se hacen aquelarres, que por las noches se ven luces y que las piedras se mueven. Somuncurá significa “piedra

que habla". Dicen que así ocurre en algunas partes de su desamparada geografía.

Pasamos de largo una estación que me llama la atención: **AGUADA DE GUERRA**. De madera, pequeña y deshabitada, la estación resiste. Un cementerio perdido más adelante, alcanzo a ver un zorro entre las cruces. ¿A quién esperarán esos muertos olvidados? El sol dora los pastizales, oigo voces, el tren se despereza, sin cesar, su marca se convierte en parte de la vida. Desayuno café con leche y medialunas. Otros piden tostadas con manteca.

—¿Sabés si pasamos Jacobacci? —me pregunta un hombre medio dormido. Nadie lo dice, pero parece que hace 20 días estamos viajando. Le respondo que no. Él y su pareja me preguntan si pueden sentarse. Un rayo de sol me toca la mano, se siente físicamente. Saludo al mozo. Veterano de mil cruces esteparios, lo veo y hace movimientos de ballet con su bandeja y las tazas, logra que ninguna vuelque y la espuma permanezca inamovible.

—Tenemos las cenizas de mamá y papa. —Vuelve mi atención a la mesa. Tienen las cenizas de sus padres.

—¿Dónde? —les pregunto.

—En el camarote que está al lado tuyo.

Van a un paraje que se llama El Caín. En **INGENIERO JACOBACCI** el tren se detiene media hora, allí se cambia por cuarta vez de maquinista. Suben y bajan pasajeros, gauchos patagónicos con boinas y amplias bombachas oscuras. La aventura llega a su tramo final. En la parada aprovecho para subirme al coche locomotora. Dos operarios están al mando. Uno es fanático de los piches.

—Me das a elegir entre caviar y un piche, y elijo el piche —cuenta Horacio Laurin. Hace 35 años que está en el tren. En un momento se

preocupa y niega con la cabeza—. Se recalentó. —La formación se para. Camina hacia los motores y levanta la tapa metálica—. Tienen que respirar un poco —dice Horacio.

Nos quedamos media hora detenidos en la nada misma. Horacio baja del tren, camina hacia una barda y se pierde. Cinco minutos después vuelve a aparecer con un piche colgando en la mano.

—Llevo el almuerzo. —Su sonrisa es franca, y su alegría, infantil.

El Tren Patagónico para en CLEMENTE ONELLI. Conozco a Eve, es la mujer que trabaja en la estación. Nos saludamos, le gusta sacar fotos. Es una amiga. El pueblo es un caserío de menos de 100 habitantes, tiene tres hitos. Una publicidad de Telefónica de Argentina en la que un gaucho llamaba a su madre: “A qué no sabés de dónde te estoy llamando... ¡de Clemente Onelli!”. Otro: una tumba misteriosa de un alemán en el cementerio y, por último, registra una de las marcas térmicas más bajas de la Patagonia, con -25 °C en invierno. Desde aquí el paisaje cambia, el tren pasa por grandes paredones de roca granítica, dejando atrás la estepa. La subida a la zona cordillerana alcanza los 1120 metros sobre el nivel del mar. Cerca de PILCANIYEU unos niños salen corriendo para saludar.

—Para ellos es como ver esperanza —explica Horacio. A lo lejos se ve el CERRO TRONADOR, y su cima con nieves eternas. Después de 20 horas de convivir con el polvo y la aridez, la aparición del LAGO NAHUEL HUAPI deslumbra, sus aguas, profundamente azules con la CORDILLERA DE LOS ANDES detrás, completan un viaje icónico que incluye conocer el alma de la Patagonia.